

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

La riqueza y la pobreza.

Siempre habrá ricos y pobres. La riqueza y la pobreza son dos factores importantísimos en el plan divino de la redención que se inicia por la justificación del hombre caído y se consuma por su glorificación. Dios ha querido que haya ricos y pobres, y lo que Dios quiere no puede menos de ser bueno, laudable y adorable. Si los hombres conformasen su voluntad, que es ciega y flaca, con la voluntad divina que es buena y santa, todas las cosas contribuirían á su bien temporal y eterno; la riqueza socorriendo á los pobres, obraría la salvación de los ricos, y la pobreza respetando á los ricos, obraría la dicha de los pobres. El mal de nuestro tiempo consiste en que los ricos aman poco á los pobres y los

pobres odian mucho á los ricos, siendo causa eficiente de aquel desamor y de este odio el errado concepto que tienen de la riqueza y de la pobreza los unos y los otros. Los ricos han puesto su último fin en las riquezas, y olvidados de su eterno destino en el cielo, solo piensan en hacer de la tierra perpétuo paraíso é inagotable primavera. Los pobres que han perdido la fé y la esperanza cristiana, miran con ojos de envidia los goces de los ricos, y piden con airado semblante un asiento en el festin de la vida, y se preparan á hacer justicia sobre el cuerpo delincuente de la propiedad. Hé aquí la explicación de esas colisiones sangrientas que estallan á menudo entre ricos y pobres, entre capitalistas y trabajadores, en medio de poblaciones donde se hace ostentación de

un lujo deslumbrador y del mas refinado sibaritismo. No intentamos siquiera la difícil y espinosa tarea de exponer la llamada cuestion social que cada dia se complica y agrava, y mas insoluble se torna merced á las conveniencias y contradicciones de los sistemas politicos imperantes. Ingenios católicos de primer orden han demostrado hasta la evidencia que la paternidad de la pavorosa cuestion social corresponde por entero á la moral utilitaria, explicada y aplicada por el liberalismo al gobierno de la sociedad, y nada hay tan evidente como la apremiante necesidad de proclamar la soberania de la moral cristiana, explicada y aplicada por la Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion, así para el individuo como para las naciones. Porque ella es la luz de Dios reverberando en todos los horizontes, la justicia eterna regulando todas las voluntades, la fuerza inquebrantable, sobrehumana, enfrenando todas las concupiscencias, la voz del señor en virtud, quebrantando las soberbias, y ahogando las rebeliones, la caridad divina uniendo á ricos y pobres con el anillo de la fraternidad, en el seno de un mismo Padre que guarda para todos sus hijos la rica herencia de los cielos.

Nuestro plan es mas modesto; pero no por eso dejará de ser útil á las almas, y conducente á la solucion del problema social como se llama hoy la tremenda lucha entre ricos y pobres. Vamos á exponer á la luz de la Revelacion el verdadero concepto de la riqueza y de la pobreza, sus peligros y sus ventajas, y los medios que deben emplearse para restablecer la fraternidad entre los ricos y pobres, como necesaria condicion de su dicha temporal y eterna.

I.

Concepto cristiano de la riqueza.

—
Enseña la fé y la misma razon natural lo persuade que Dios es el único propietario. Suya es la tierra y su plenitud, suyo es el orbe y todos los seres que habitan en él. Porque El hizo todas las cosas y por El existen, se mueven y respiran todos los seres. Es dueño absoluto de los cielos y de la tierra, y de todas las cosas que hay debajo del sol, porque es Criador y Conservador de todas ellas. Y habiendo dado el ser y la vida á todo lo que existe, y conservándolo con su amorosa Providencia, El solo pronuncia en medio de la creacion estas palabras de absoluto dominio y de

pacífica posesion: *Omnia mea sunt*. Todo es mio. El hombre, si es propietario respecto de sus semejantes, no puede ser respecto de Dios sino simple colono, administrador, usufructuario de sus bienes. Donde de Dios son las riquezas que El distribuye entre los hombres cuando quiere y como le place, y nadie puede argüirle, porque todo lo hace con número, peso y medida. ¿Son malas las riquezas? Es damnable la condición del rico sólo por ser rico? Dios sacó de la nada todas las cosas, y vió que eran muy buenas. *Et erant valde bona*. No reprobamos á los ricos por ser ricos: el Rico por excelencia, dice Job (1). La afección desordenada y la injusta adquisición manchan la conciencia y hacen culpable al poseedor. Los que anhelan por ser y tener caerán en muchas tentaciones, y se enredarán en los lazos del diablo. *Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem et laqueos diaboli* (2). Ciertamente, dice San Agustín (3), la avaricia reprende el Apóstol, mas no las riquezas, dado que en otra parte exhorta á los ricos del siglo á la práctica de la humildad, y les

manda que no pongan su esperanza en lo incierto y engañoso de las riquezas sino en Dios vivo que es el dador de todos los bienes y el justo Juez de todos los nacidos sin acepción de personas. No te prohibo la posesion de riquezas, decía Séneca á Lucilo; lo que yo deseo es que no te esclavicen y degraden, lo cual conseguirás persuadiéndote que sin ellas puedes ser dichoso en esta vida. Buena es la sustancia, esto es, la posesion de riquezas cuando no hay pecado en la conciencia, dice el Sabio (1). No queremos ofender á los ricos, decía San Ambrosio, cuando buscamos la salud de todos. Digo, pues, ¡oh ricos! que no es culpable vuestro estado, que no son malas las riquezas. Todo este negocio estriba en la buena ó mala voluntad, pues las riquezas que para los malos se convierten en lazos de perdicion, para los buenos se tornan en fecunda semilla de virtud, manantial inagotable de dulcísimas satisfacciones y poderoso elemento de salvacion eterna. *Divite sicut impedimenta improbis, ita probis sunt adjumenta virtutis*. Lo que es malo y desorden intolerable es poner el corazón en las riquezas, y convertir-

1 Cap. XXXVI.

2 2.ª ad Tim. VI.

3 De civ. Dei, cap. X.

1 Eccle. XIII.

las en fin último, ó valerse de ellas como de medios eficaces para fines reprobados: No atesoreis en la tierra, dice Jesucristo, donde no teneis morada fija, y todo perece y se consume; atesorad en el cielo donde está vuestra pátria, y donde está vuestro tesoro que es la gloria eterna, allí debeis poner vuestro corazón.

EL BLASFEMO.

Dios es hermosura, sabiduría, santidad absolutas y perfectísimas.

Su majestad y su gloria atraen á Él todas las cosas, y las anegan en el piélagó de luz y de amor que le rodea, beatificándolas y divinizándolas con vida eterna.

Solo el blasfemo puede aborrecer la divina hermosura, huir de la divina bondad, perseguir la divina santidad, y mirar con desvío la gloria y el amor y la felicidad de los que le gozan y sirven.

El blasfemo es un monstruo.

Dios extiende sus miradas por el caos; á su voz brotan de la nada los soles y los mares, los pájaros y las flores, los prados y los ríos, la luz, el movimiento y la vida.

De todos los puntos del universo, desde el átomo polvo hasta el astro luminoso; desde el rastrero gusano hasta el alado querube, se levanta un himno armonioso de gloria y alabanza á la esencia infinita, del que *abre su mano y llena de bendición á todas las criaturas.*

Solo el blasfemo interrumpe con su

ronca voz el concierto universal; y, con horror de la naturateza, se atreve á maldecir la fuente inagotable de tantos bienes.

El blasfemo es un ingrato.

Dios pone sobre la cabeza del hombre su mano de paternal predileccion, y le ciñe la frente con los rayos de la inteligencia; y le enciende en el pecho la llama del amor; y le arma el brazo con el cetro del poder; y pone á sus piés tierras, mares, elementos; y abriendo ante él el tiempo y el espacio, le dice: «Piensa, conquista, crea, arranca á la naturaleza sus secretos, descifra sus misteriosas leyes, sujeta á tu dominio su ignotas fuerzas, sé tú el trasunto de mi soberanía.»

El hombre se levanta para glorificar á su padre que está en los cielos. Le glorifica amasando el barro, é infundiendo en él el pensamiento de su génio artístico. Le glorifica alzando sus miradas á la creacion; é iluminando los misterios de la ciencia con la luz de su pupila inteligente. Le glorifica recogíendose dentro de sí, y ofreciéndole en su espíritu el incienso puro de la oracion y ruego, vistiendo su existencia terrena con los esplendores de la santidad, y haciendo que su carne corruptible exhale el buen olor de las incorruptibles virtudes.

El trabajo, la ciencia y la virtud, pagan á Dios el tributo de gloria que el hombre le debe por el privilegio de fuerza, de inteligencia y de amor con que le plugo enaltecerlo.

Sólo el blasfemo rompe con mano brutal esa ley sagrada de correspondencia y de amor; y degradándose á la faz del mun-

do entero, repudiando con sacrilego desden todos sus títulos de grandeza y soberanía, se arma con los dones mismos de Dios para herirle y ultrajarle; levanta contra él aquella cabeza que Dios ha organizado, mueve y agita convulsiva aquella lengua con que Dios le ha favorecido, y lanza contra el cielo aquella palabra maravillosa que Dios le dió para que fuese encarnación esplendorosa de su amor y de su inteligencia, y que él ha trocado en expresion del error tenebroso y del odio execrable.

El blasfemo es un rebelde.

Dios ve al hombre caído, y, bajando de su alto solio aparece en la tierra, y vive en el desierto del mundo rodeado de su grey, apacentándola, curándolo de sus dolencias, guiándola por senderos de vida, luchando con los lobos, hasta que, al fin muere entre sus dientes, dando por ella voluntariamente la vida.

La sangre del Pastor salpica el mundo entero, y convierte a los lobos en corderos, y hace que en toda la tierra se forme un solo rebaño dócil a un mismo cayado, obediente a una misma voz, recogido a un mismo apriseo de caridad y de amor.

Solo el blasfemo se atrave a hincar su diente venenoso en la mano amorosa del Buen Pastor.

Solo el blasfemo, bañado en la sangre purificante de Dios-Victima, lejos de amansarse, se encrudece hasta el furor, y sacando su lengua rabiosa, lame con delicia aquella sangre divina vertida por su rescate.

El blasfemo es un lobo feroz.

Dios abre al hombre los tesoros de su

mansedumbre y misericordia infinitas. Establecida la Iglesia; abiertas las fuentes de los Sacramentos: resonando sin cesar por el mundo las trompetas de sus sacerdotes; ofreciéndose Él mismo todos los dias en holocausto sobre nuestros altares, busca la oveja perdida, y la carga sobre sus sagrados hombros; defiende a la mujer adúltera; llama a la samaritana; bendice a la cananea; perdona a la Magdalena pecadora; entra por las puertas de los Zuqueos usurarios; convida a los Levis avarientos; honra a los Centuriones creyentes, y resucita a los Lázarus difuntos.

Padre amoroso, envía a sus criados por las encrucijadas y caminos del mundo, compeliendo a todos a entrar en el festin de bodas con que celebra los deposorios de la Divina con la humana naturaleza. En el banquete del Gran Padre de familias, se sientan los hijos pródigos, y son mas festejados por su retorno que los hijos fieles que no necesitan penitencia.

Peró entre la música del festin y las dulces voces de la regocijada familia, se oye el extridente rugido del blasfemo, sordo a tantas voces, mudo a tantas alabanzas, rebelde a tan dulces llamamientos, que no se horroriza de maldecir la divina misericordia, ni de provocar la divina justicia.

El blasfemo es un impenitente empedernido.

Dios quiere levantar al hombre sobre los tronos del cielo; quiere que ese hijo del polvo pise los soles y las estrellas; que ese ser rastrero tome alas de ángel, y, despojado de la envoltura de su morta-

lidad, se vista de estola incorruptible de una vida eterna, feliz y gloriosa. Dios quiere que la verdad en sí misma ilumine su entendimiento; que la hermosura en sí misma enamore su corazón; que el bien en sí mismo beatifique sus sentidos; que la vida en sí misma inmortalice su espíritu y su carne.

Mientras la grey feliz de los escogidos por muchas tribulaciones y sacrificios, emprende el camino estrecho que conduce á la vida; mientras la esperanza cierta de las promesas inefables y la proximidad consoladora de los eternos premios, hacen amable el sacrificio y dulce la pena, y honrosa la pobreza, y delectable la muerte; mientras se regocija la carne, momentáneamente afligida, con el presentimiento de sus felices destinos, se deja oír el infernal aullido del blasfemo, que, semejante á Luzbel, mira á los cielos y maldice la gloria del Excelso; columbra la felicidad de los justos, y la execra y abomina; oye los festivos *hosannas* de los hijos de Dios, y osa interrumpir sus cánticos de triunfo con el desgarrador bramido de su impotente coraje.

El blasfemo es un réprobo.

La blasfemia, hija de la impiedad, alimentada por el ódio, por la corrupción del corazón, por los desórdenes de una vida criminal y abyecta, va apoderándose de nuestras honestas costumbres, y pugna por inocular su virus satánico en las familias y pueblos mas cristianos.

(Se continuará)

De una correspondencia de Roma que

publica *El Correo Catalán* tomamos lo siguiente:

El asunto de la representación de la Santa Sede en Pekin puede darse como terminado con el nombramiento, ya acordado, de Mgr. Antonio Agliardi, para el cargo de Delegado Apostólico y Enviado extraordinario de la Santa Sede cerca de la corte china.

Mgr. Agliardi, que tuvo que volver por enfermo de las Indias Orientales, ha podido felizmente restablecer su quebrantada salud. Ahora está practicando lo que podría llamarse su última cura en Suiza, donde fué para gozar de aquel fresco clima.

Dícese que partirá para la China á la brevedad posible.

Parece que se han calmado algun tanto los malhumores que Francia padecía con motivo de este negocio. El resentimiento injustificado debe haber cedido su lugar á la razón.

A su tiempo dije ya que la cuestión habia sido planteada por el gobierno chino de tal manera, que el Papa, inspirándose en la suprema necesidad de proteger del mejor modo que le sea posible las misiones y las nacientes cristiandades del extremo Oriente, no podia hacer otra cosa que aceptar, como lo hizo, las proposiciones de la China.

El Santo Padre, por otra parte, ha hecho cuanto podia y aun mucho más de lo que podia, para demostrar que, mandando un representante suyo á Pekin no entendia, no podia ni queria entender con ello inferir ofensa alguna á la generosa nación francesa.

Ahora, pues, ejercerá en China la

protección de los misioneros europeos é indígenas y de los cristianos el Representante del Sumo Pontífice; pero siendo la fuerza de este Representante esencialmente moral puede suceder alguna vez que ésta no baste y que entonces, naturalmente, el Delegado Apostólico se vea precisado en algun caso á solicitar el apoyo de los representantes de las diversas potencias europeas, especialmente cuando entren en causa los Misioneros pertenecientes á sus respectivas nacionalidades. Es de creer que estas potencias se mostrarán inclinadísimas á proteger las Misiones católicas de China; lo cual en ocasiones podrá ser motivo de dificultades.

Por su parte el gobierno italiano ha dado ya, según parece, instrucciones á su ministro en Pekin para que se muestre pródigo en proteger á los Misioneros italianos, aun cuando esta protección no le sea solicitada por ellos.

El Osservatore Romano publicó el día 20 una nobilísima carta que el Santo Padre escribió hace tres meses al rey de Portugal para indicarle los puntos que debían modificarse, aunque sin alterar su espíritu, del Concordato de 1857, acerca de la cesación de aquella doble jurisdicción espiritual en las Indias.

Sábase que se ha llevado ya á cabo la revisión del Concordato, que ha sido firmada; pero que debe someterse aun á la aprobación del Parlamento portugués. En general han sido confirmadas las noticias que adelanté sobre el particular; añadiéndose además que el Arzobispo de Goa será nombrado Patriarca de las

Indias Orientales, teniendo tres Sedes sufragáneas.

Como supongo que este importante documento será ya conocido de mis lectores, pues los periódicos católicos se han apresurado á publicarlo, no me entretengo en reasumirlo.

VERBENAS.

Llama el vulgo esas noches que la gente perdida pasa en claro con menoscabo de la moralidad y del sosiego público. Hacer de la noche día y del día noche es algo antiguo entre las gentes de buen tono, pero los pobres suelen atribuir al diablo aquella frase «andar de día, que la noche es mía.»

Son los malos ejemplos el mejor medio de propagar la corrupción, más eficaces cuanto más visibles, y más visibles cuanto de más elevada esfera viene el escándalo. Por eso, en España al menos, el mal procede de elevadas regiones, y si algo bueno se conserva, es entre quienes, trabajando á la luz del sol, consagran al reposo y á la oración las noches.

Quéjense ahora los señores de callejeros abusos que ocasionan las verbenas, y no ciertamente sin razón, siquiera en boca suya esta razón se parezca bastante á la razón que condena al camorrista de navaja y declara cumplido caballero al espadachín de guante blanco. Verdadera razón contra todas estas razones tienen las creencias y las costumbres patrias, desconocidas y ultrajadas en las veladas aristocráticas primero, y más tarde en las verbenas.

Toca hoy el turno á estas últimas. Bajo la dolorosa impresión que la de Santiago, Patron de España, ha dejado en nuestro ánimo, trazamos estas líneas, no ciertamente con esperanza de remedio, pero sí como protesta contra el descreimiento y desenfreno triunfantes esa noche en barrios determinados, sino en todas las calles de un pueblo noble, donde la Religión y las costumbres loables imperaban no há mucho.

Describir la torpe bacanal de aquella noche, sería un realismo pesado por extremo y repugnante al buen gusto. Venus y Baco parecían las divinidades festejadas, y no el Apóstol. La blasfemia, la deshonestidad y la embriaguez, se paseaban triunfantes sin temor á perturbaciones ni cortapisas de autoridades imprudentes poseídas de amargo celo. Mereció este moderno paganismo todo el respeto que la *libertad* inspira en los pueblos *cultos*, no tan benévotos con las procesiones católicas de que á veces, por evitar males mayores, se prescinde.

Y cuenta que no decimos paganismo á la ventura: antes juzgamos que la propiedad de la palabra se comprende, parando mientes en particulares circunstancias de las llamadas verbenas. Designanse entre los católicos con el nombre de «vigilias» los ayunos y rezos establecidos por la Iglesia en las vísperas de ciertas festividades, como preparación para mejor celebrarlas. Pero el diablo, mono de Dios, pretende imitar la Iglesia hasta donde conviene á sus fines de suplantarla, é introduciendo en las vigilias usos mundanos que las profanan, con ellos oscurece al propio tiempo la luz del alma,

sustituyéndola con tenebrosa luz, que solo permite ver los goces de la materia.

Con lo cual toda moralidad se desvanece, y, suprimida la conciencia, vaga la humana razón por los espacios de lo sensual y corruptible, senda espaciosa por donde se aleja el alma de su destino, para caer después en las garras de Satanás, ministro de la justicia divina para cuantos han huido de la divina Misericordia.

Y es tanta la desfachatez y á tal punto llega la osadía y el espíritu de copiar las prácticas de la Iglesia para menoscabarla y combatirla, que así como aquella acude á la caridad de los fieles en demanda de limosnas para las atenciones del culto en las grandes solemnidades, así los descreídos y viciosos recorren el vecindario pidiendo á los adoradores de Cristo algo con que festejar al príncipe del Infierno.

Pero con este criterio somos pocos á examinar las cosas. La sociedad moderna bebe en el cáliz de la prostituta de Babilonia, y embriagada por el deleite, fuera de lo sensual nada comprende ni quiere comprender. Toda su fé y toda su moral se condensan en una frase: «gocemos hoy, mañana moriremos.» Va más allá del paganismo. Los gentiles ponían sus pasiones y sus vicios al amparo de una deidad forjada á su capricho. Los modernos paganos solo adoran al vientre.

Afectan reconocer un Arquitecto de la Naturaleza, nada mas que arquitecto, que, á fuer de tal, arregla pero no crea. Niegan por tanto á Dios, y por ende á la Iglesia. Pero ¿qué importa? y (esto es lo peor del caso) viven en la mejor armonía con los que se jactan y alardean de hijos de Aquella predilectos.

(De *La Cruz de la Victoria*.)